

ÁNGEL ALCÁZAR DE VELASCO

JOSÉ ANTONIO

HACIA EI SEPULCRO DE LA FE

EDICIONES

“CONDOR”

MADRID

IMPRESA DE LA BOLSA

Juan de Mena, 2.-Teléfono 15994

1 939

Digitalizado por Triplecruz



JOSÉ ANTONIO

*Que tu carne no es polvo me lo dicen
el aire, mi Señor y la distancia.*

Raúl Sánchez

*A Ti cantarada Franco, que con tu bondad supiste devolverme la grandeza
perdida.*

Siempre, siempre, siempre, a tus órdenes.

Alcázar de Velasco

PRIMERA EDICIÓN: 80.000 EJEMPLARES

EDICIONES "CONDOR"

Índice

HACIA EL SEPULCRO DE LA FE	5
MENSAJE	6
LOS TRES HOMBRES DEL HOMBRE	10
COMO LO CREEN	12
JOSÉ ANTONIO INICIA LA NUEVA EDAD DE NUESTRO IMPERIO	13
EL DESPERTAR DE HOY (SIGUEN LOS ESCRITOS DEL AÑO 1934)	15
EL SEÑORITO DE AYER Y EL DE MAÑANA, SIN PASAR POR EL DE HOY	16
EL CUARTO "YO"	18
¡PRESENTE!	22

HACIA EL SEPULCRO DE LA FE

ESTE libro, dedicado al traslado de los restos mortales de José Antonio, es sencillamente una confidencia del autor con el malogrado fundador de la Falange. Esta confidencia íntima, más que en lo político en lo particular, es añoranza del glorioso ayer ante el hoy refulgente y constructivo. Los que llevamos en el alma la idea del Nacionalindicalismo, fraguada en la oscuridad de habitaciones clandestinas, sentimos la necesidad de una confidencia o de una exposición de los hechos que no pudo disponer el que todo lo dispuso al crear. Son pocas las noches que el autor se duerme sin antes hablar con José Antonio, a quien pregunta, como si éste le pudiera discutir los hechos y encargarles los quehaceres del día siguiente, y es que los apóstoles no lo hubieran sldo de no haber consultado a Jesús todos los días.

Esta confidencia no es una más con el recuerdo, sino con el cuerpo que tantas veces con ademanes y palabras subyugó a sus seguidores. Es una confesión de lo que es hoy España, y una afirmación de fé en lo que José Antonio les dejó encomendado a la Vieja Guardia, y ésta, siguiendo el ritmo de continuación, a las nuevas falanges encargará la Guardia Eterna del Sepulcro inviolable de la Fé.

MENSAJE

ME había hecho a la idea de que ya no podía escribir más de ti, José Antonio. Y esta idea, después de meditarla mucho, la adopté porque me sentía entre los fariseos, que sin respeto al respeto, invadieron nuestro Templo. No quería confundirme, ser uno más entre los tantos que, lejos de sentirte, vitorean (más a tu muerte que a tu vida) tu nombre, simulando con esto una falsa confesión de su terrible pasado, y salen a la calle, no en busca de perdón, sino a perdonar el que cuando pudieron desde sus despachos rojos y traidores no nos aniquilaron. Esto, según ellos, ha dado lugar a nuestro triunfo de hoy, y salen a cantar tu gloria, como si el glorificarte no estuviese en el silencio. Por esto no quería escribir ni de tu doctrina ni de la gloria de nuestra Revolución. Esto es, bien lo sabes tú, no querer vivir entre el pecado, y no porque no sea pecador, y aún más, no me guste el pecado, sino porque, en este caso, son los más, siendo muy menos los pecadores.

Ya hoy, he roto la idea y, salgo a tu camino, sembrado de espinas de sangre para rendirte mi respeto y cerciorarme de la insoportable verdad, la trágica verdad que no creí, de que estoy presenciando tu último viaje. La marcha que yo no hubiese querido nunca presenciar, y, sin embargo, veo al sol hacerse astillas en tu féretro, y sobre el cielo de tela azul, hecha camisas, cabalgas a petrificarte en el monolito invencible yaciente de reyes de espada muerta. Dios lo ha querido, y ¡ay de mí! que sin descanso sigo aún por estos suelos desheredado de bien y como antes, frente a ellos, dejándome rasgar el pecho por el viento, y como Alonso Quijada, avanzo, avanzo en busca del Sepulcro de la Fé, de la divina Fé que de tu verbo se desprendía palpable y sangrante como la profecía de Jesús.

No lo podía creer, pero es verdad que tus huesos proféticos van, sin la miseria de la carne, a ser uno más entre aquellos que siendo tanto no fueron lo que tú, y veo a los pájaros hincar sus picos en la tierra para enterrar los cantos parnásicos con que iluminaron la mente de tus poetas y, los ángeles que armaste les veo también inclinar las espadas..., y esta noche, la noche que te ha de sepultar haciéndote piedra, la siento novia, eterna novia, que he de acariciar siempre para expresar el sentimiento de tu ausencia.

Sin embargo, no te importe; Dios nos concederá la gracia de dejarnos velar tu sepulcro, que no puede estar en, manos enemigas, y si algún día por equivocación lo estuviese, le rescataríamos para llevarle a todas partes, consiguiendo, sin reparar en el medio, de que el hálito seas tú y contigo vayamos hasta el cielo, donde nos has de dejar para volver a la tierra, y conduciendo, no ya a este pueblo, sino aja homónima masa, sintamos siempre la parábola de tu ayer, venzamos la sombra de hoy y conquistemos la grandeza del mañana.

Ya estás advertido de cuanto a tu paso de muerto te va a rodear en este largo camino. Antes que yo, en unos magníficos versos, te lo advirtió José María Pemán.

«¡No se fué el invasor!

Se quedó agazapado como un topo
en las entrañas de la tierra.

¡No se fué el invasor, no. Se cortaron

los surtidores de la Granja...

Pero

¡No se fué el invasor!

Se quedó agazapado como un topo
entre el hierro fecundo de Rio Tinto
y el temblor de mercurio de Almadén.»

Y sigue repitiendo:

«No se fué el invasor, España, no se fué
En la esquina lo tienes. Allá sigue
con el clavel entre los labios
y en el alma sin Dios el mal deseo... »

No solamente van a llorarte al pasar las pajas de oro cansado, que rota la esperanza de volver a enderezarse, se dejan truncadas sobre la tierra, al vaivén de todos los vientos, ni son los pámpanos desnudos de tantas parras, ni los campesinos que a éstos y aquéllas criaron con amor. Son ellos los que tú, con el desdén de un Dios, •arrojaste del templo en aquellos días que se llamaron de vigilia. Ellos te lloran como colegialas, rendidas a su misma farsa.

Espero, y bien sabe Dios que vacío de egoísmo, que el triunfo total de España y el de su Dios, el Dios de España, serán vencidos por los escribas que hoy por ti derraman lágrimas sin sabor, sucias de su mismo asco, para lograr la custodia de tu sepulcro. Pero, no; está guardado por nuestras armas, que no se rendirán jamás a tus fariseos. Estos, como aquéllos, no podrán vender tu crucifijo, como vendieron el de Jesús, sin antes ser bautizados por los sacerdotes del Parnaso Nacional Sindicalista. Y.....a pesar de mi confianza y de la confianza profunda que tengo en los hombres que guardan tu sepulcro, tengo miedo a nuestra bondad. Sé bien que se confesarán ante Dios y ante Ti y hasta nos harán creer que purgan una penitencia. Pero no obstante, si les concediésemos las armas, tu sepulcro sería violado, ¡y eso, no!.....José Antonio. Perder tu sepulcro sería dejar esta tierra sin Señor y sin bandera.

No salgo a tu paso para llorarte, vencido a la desgracia de tu ausencia, perdida la fé y la virilidad, para seguir sobre las espinas del camino, no. Salgo a conversar contigo en este trayecto macabro. Vengo a hablarte de todo lo que supone este caminar de hoy para los buenos remeros de tu barca. No sólo tengo que decirte el dolor que me producen los llantos, huecos del alma, de los enemigos «camuflados»; esto supondría estar conforme con los disconformes, con los que, descontentos de ti, conspiraron contra ti y por la espalda te negaban. Estos siguen igual. Ahora, como el negarte sería negarse a sí mismos, prefieren negar a los demás. De éstos también voy a hablarte.

Tu muerte ha constituido para España, hoy, la incertidumbre en lo cierto. Esto es, claramente, que siguiendo recto-el ritmo que tú habías de seguir, ellos, los eternos pedantes, se esfuerzan en inventar, no ya una nueva doctrina que pudiera ser discutida o aceptada, sino calumnias, con las que pretenden crear un enemigo en cada amigo y un

irreconciliable en cada enemigo rendido a nuestras armas. Los que hoy desde el Gobierno interpretan tu sentido doctrinal, político, militar y económico, lo hacen a través de la fobia irrazonable e incomprensible de los que sin ser y sin haber sido, no pudieron ni podrán llegar jamás, para bien de todos y hasta de ellos mismos, a donde su ambición les induce. Aprovecharon la Revolución y tu muerte para decir que eran, que sabían y lo que hoy serías tú y harías con ellos. Pero gracias a Dios estos son pocos y todos conocidos por los que, teniéndote en el alma, no saben hacer nada sin antes consultar contigo. Estos «descontentos» son bastante peor que nuestros enemigos—si es que no son enemigos por su ambición—, puesto que no repararon en ir unidos a los que hundieron a España con su política y su vacía mentalidad, utilizando tu nombre y aquella sincera amistad—que para todos y sin reparar en quién, tenías—tratan de sembrar la discordia. Tú ya los conoces. ¿Recuerdas tu circular del día 24 de junio, aquella que reclamabas desde la cárcel para tu defensa? Qué bien conocías a cuantos sedientos de „yos», no les importaba nada más que su ser, su querer ser, aunque esto supusiese la destrucción de la Falange, hecha con la sangre y la libertad de tantos camaradas. Son los mismos, sino que ahora no conspiran contra ti; ahora es tu muerte la bandera de su vida y hablan de ti, como si el definirte fuera lo más sencillo y lo menos irresponsable.

Decir lo que habías de ser, sin tener en cuenta las necesidades de la Patria, en unos es volver a lo pasado y en otros saltar a lo que por futuro puede traer la consecuencia más ruinosa para nuestro pueblo. Sin embargo, perdónales, porque ¡ay de ellos, que llevarán la responsabilidad de lo incierto y de lo torpe!

¿Recuerdas? Hace justamente seis años escribía yo aquellas notas—que no he publicado hasta varios meses después de empezada la guerra—que tú dijiste ser magníficos ensayos.

Yo creo que estaban y están faltos de cuidado y por tanto de belleza. Sin embargo, no por eso lo dejé de hacer con el profundo sentimiento de que esos estudios del Hombre retrataban lo que eras y suponías para nosotros.

14 noviembre.

Querido camarada: hee lo porille
por proporcionarte cuanto antes lo siguiente
te:

1) Una copia de mi circular del 26 de junio
(fíjate en la fecha: es aquella, larga, en que
se prevenía a todos contra las conspiraciones).

2) Un ejemplar del tercer número de "No
Importa" (el que traía el artículo "Viste a la
derecha").

Ataca fuertísimo - todos

José Antonio

LOS TRES HOMBRES DEL HOMBRE

EN el prólogo del libro de D. Miguel de Unamuno, titulado «Tres Novelas Ejemplares y un Prólogo», el poeta del Tormes, presenta el «yo» triple del hombre, a sus pecados y a sus virtudes —el pecado de la virtud y la virtud del pecado—. Estos pecados, que por ser la parte integrante de la virtud, son la verdad de la psicología de la pureza del alma, nos dan el estudio de los hombres que, por excepción de los hechos, son entre nosotros los dioses, conductores homónimos, divinizados por las palabras, por la acción o por la obra.

Estos «yos», comentados con maestría y acierto por el filósofo petrificado en Salamanca, no están descubiertos por él, ni creo que el que los descubriera otro tenga importancia, puesto que lo importante es el estudio que de estos «hombres» del hombre se haga, ya que los «yos» del yo se descubrieron en el mismo momento en que el hombre, después de pensar una cosa, dudó sobre lo que había pensado e hizo otra cosa.

Creo que Unamuno, al encontrar los tres «yos» del hombre de carne — porque el ficticio, como él dice, es el más real o debe serlo—, debió olvidarse del cuarto, á no ser que le fundiese en los tres, que con gran acierto define.

Al hablar de los tres hombres del hombre dice: «el que uno es, el que cree ser y el que cree otro».

¿Y el que está ignorado por estos tres? ¿Es que cada individuo, además de lo que es, de lo que se cree, y de lo que creen ser, no es un ignorado de lo que es, de lo que se cree y de lo que creen?

Pues si tras lo conocido por sí mismo y por los demás existe lo desconocido, que supone en el futuro todo lo que componen los anteriormente tres hombres definidos, vamos a sacar a la luz, sin esperar a que generaciones lo descubran a través de un estudio hecho del decir, de lo no dicho, y por lo tanto, de lo profético.

Este último hombre, que quiero dar a conocer, no es — ni puede ser —, descubierto por mí. El hombre se ha descubierto a sí mismo. Este, al que me refiero, llega desnudo, de miserias, se pasea por la mente del «vestido» como fantasma loco de sabiduría, y unos instantes influye y hasta impera en el pensamiento sobre la obra que no realiza jamás; pero este hombre vuelve a ser quien era y le da miedo haber sido un instante otra cosa, miedo que no debe tener si tiene fé, pero si le falta es porque ignora, y al ignorarse se encuentra impotente para seguir siendo lo que en un momento ha sido.

Hoy, después de escuchar a Primo de Rivera (29 de octubre de 1933) me preguntaba a mí mismo: ¿Se habrá olvidado el polígrafo del último hombre de los cuatro hombres del hombre? ¿O quizá no lo ha comentado porque aquél es el más inútil, en la comunidad, del hombre de los hombres? Si ha sido así, me interesa hacer constar que en esta comunidad, como en todas las cosas, existe la excepción, y ésta es la que quiero destacar para que el mundo no siga desconociéndole. Por esto voy a crear un hombre que sea lo que los tres «yos» ficticios necesita el hombre real, es decir, un hombre hecho de hombres que el estudio o su mito hizo.

Vamos a ver si logramos construir al hombre que fuera de la comunidad se excede, y por tal excepción se crea un «lo que es, lo que le creen y lo que se cree», para crear de él lo que se ignora.

Hace mucho tiempo, los que conocemos a José Antonio Primo de Rivera, le

conocemos como se nos había presentado. Romántico en el fondo del sueño de su quimera. Poeta y creador de la poesía poética — propia —, aventurero en el altar de sus ideas. Soñador en la construcción del futuro edificio artipolítico. Arquero frente al destino equívoco de la Patria, y hercúleo frente al poder marxojudíomasónico.

Pero él cree ser, no ya el que acabo de exponer aquí, sino el elegido por su capacidad de recoger a sus hermanos descarriados y encauzarlos por los caminos del pueblo hispano, vírgenes aún, por la incapacidad de los que, huyendo del pueblerino hermano, marcharon por la pista extranjera sin darse cuenta que en ella eran puebleros. Y José Antonio, sin creerse único para esta función, se ha dado cuenta de que lo exige el destino, y se lanza como heraldo que envía el Dios de España para llamar a la juventud que aún puede salvar el blasón patrio, hundiendo para siempre los sistemas liberales y demócratas; claro que para esto es necesario juventud y fundamento de juventud.

No podemos, después de dos años de República y un siglo de liberalismo, pensar al modo de los pedantes sin pretensiones. Hay únicamente que seguir a quien después de estudiar la metafísica de la Historia, estudia la psicología de los pueblos, y con estos conocimientos logra el estilo con que se ha de adiestrar al hombre que se sueña emperador después de enseñarle a edificar su imperio.

COMO LO CREEN

PERO a José Antonio no le creen como se presenta ni como cree ser, sino por el contrario, el vulgo —y no digamos vulgo al sesenta por ciento Del analfabeto español—, cree que en este hombre está el mismo hombre que en cualquier señorito soberbio y adinerado; un loco que por el impulso de su fuero —el fuero del señoritismo, no el fuero de su sabiduría—habla influenciado por los libros escritos por quienes, a pesar de escribir y pensar, no lograron más que morir de hambre. «¡Poeta!, está loco», dicen unos después de haber disparado Una sonrisa irónica. Esto es lo que piensan de José Antonio y así le creen. «¿Cómo es posible —dicen otros—que un grande de España censure los jornales de hambre que se dan a los obreros? Un partido poético». Así les he escuchado hoy a muchos al referirse a su discurso, como si la pretensión de éste fuera la de crear un partido para ser, como todos fueron, mendigante de carteras que nada han de resolver, ni en el sentido económico ni en el orden social.

JOSÉ ANTONIO INICIA LA NUEVA EDAD DE NUESTRO IMPERIO

José Antonio, ya sacerdote de la idea y emperador de su quimera luminosa —y aún más, divina —, busca el éter para artificar con ayuda de la fantasía, la vida real del romance con que la Historia de la nueva edad ha de dar prólogo. (He creído y creo que la edad presente termina con el siglo).

Para hablar del hombre que en cuarto lugar vivió en el alma del futuro gran César, es necesario comentar el simbólico discurso de la Comedia, porque con él se inicia la edad que ha de suceder a esta que está expirando, y no por vieja, sino porque, cansada de sufrir, ha consumido la sangre de su vida por las diferencias de los hombres.

En el primer párrafo José Antonio marca un estilo. Tenía que ser así. Cuando un filósofo se propone trazar un ritmo, lo primero que habla es del trazo, y José Antonio, en las cuatro o cinco palabras con que comenzó el discurso, habla de un estilo y se refiere a nuestro estilo militar, escueto y lacónico; porque habéis de saber que los tópicos retóricos con los que se adula a la gente, no existen en nuestro léxico.

José Antonio menciona la historia de las elecciones, y después habla del «Contrato Social» que, en 1762, el funesto y satánico Juan Jacobo Rousseau, publicó. De él hace historia; y con pocas palabras el joven poeta nos explica cómo aquella obra fué un acierto para que los que pretendían destruir la unidad de los destinos nacionales consiguieran su finalidad. Primo de Rivera, al hablar de esto, nos hace ver claramente que a la Patria se la puede destruir, pero no se la puede dar vida por medio de sufragios. Habla del Estado liberal y dice que este Estado fué el primero en aceptar el sistema electoral, porque con él lograba conservar su hegemonía, ya que el elector, que desconocía sus derechos, daba su voto por un cuartillo de vino, y esto es lo que hace parir el sistema como él dice: «Es en primer lugar el más ruinoso sistema de derroche de energías.» José Antonio habla después de la pérdida de unidad espiritual del pueblo, porque, como antes digo, el sistema funcionaba sobre el logro de la mayoría. Todo aquél que aspiraba a ganar el sistema, tenía que procurárselo si era preciso — que lo era siempre —, robándoselo a los partidos. Y José Antonio, al seguir definiendo el Estado liberal, termina aclarando con palabras del pasado: «sois libres de trabajar lo que queráis; nadie puede competir a que aceptéis unas y otras condiciones; ahora bien, como nosotros somos los ricos, os ofrecemos las condiciones que nos parecen, vosotros sois libres, si no queréis, no estáis obligados a aceptarlas». Y explica: «pero vosotros, ciudadanos pobres, si no aceptáis las condiciones que nosotros os exponemos, moriréis de hambre, rodeados de la máxima dignidad liberada». Después José Antonio explica como en la mayoría de las ciudades, pocos metros eran necesarios apartarse para ver la obra del Estado liberal. Allí los hombres y las familias derrotadas y envueltas en la miseria, esperaban el jornal que, por no ser diario, no les proporcionaba el placer de poder saborear todos los días lo que con tres pesetas se puede comprar.

Es cierto que el sistema liberal habló siempre de la unificación de los hombres ¹, pero todo esto no fué más que literatura. Ni éste ni ningún otro sistema análogo, puede proporcionar el honor de la vida, y en la vida, sin hacer, es asqueroso vivir.

¹ Nota del año 1939. — Ya hoy no hablan los pueblos liberales de la unificación de los hombres, pero por medio de células masónicas se están obteniendo un triunfo sin precedentes en la Historia de la Masonería, ya que han empezado a utilizar la Cruz como arma para lograr sus funestos propósitos. El masón de ayer se jactaba de ser ateo, hoy se jacta de ser católico y le va mucho mejor.

Dice José Antonio que este proceder parió el Socialismo, al que encuentra justo y digno, porque como el Estado liberal sólo concede derechos y no Justicia, era preciso defenderse frente a él, para adquirir una vida justa. Y dice después que esto hace que la vida y la historia se sintiesen materialistas, y yo digo: entonces esta ola infernal de materialismo no ha nacido de la parte proletaria sino, por el contrario, de la burguesía que con sus procedimientos ha conseguido robar el espíritu y el sentido poético a los que, trabajando a todas horas, no lograron más que ser trabajadores, y siendo trabajadores, eran considerados como lo bajo, lo vulgar, y hasta excrementos de la sociedad, que jamás les reconocieron como trabajadores, digna verdad del trabajo, y, por ser del trabajo, de la vida.

EL DESPERTAR DE HOY (SIGUEN LOS ESCRITOS DEL AÑO 1934)

LA generación que componemos los hombres que no tuvimos culpa de lo pasado ni de lo presente, está incierta al ver la marcha de la España; pero esta incertidumbre, si no está vencida, se ha de vencer, porque el arma para esta contienda es el convencimiento que mana de un hombre que explica el motivo de las diferencias y los odios. España, sí, está mutilada moralmente; pero esta mutilación sólo es en el espíritu de las grandes ciudades, donde al nacer se pierde el alma, no en los pequeños pueblos, donde, como José Antonio dice; se descubren gentes dotadas de una maravillosa elegancia rústica, que es la pura verdad del sentir sentimental, del sentimiento español.

Llegamos al sentido de lo que pudiese ser programa, y José Antonio detesta la palabra libertad, estúpida por lo minada, para unirse a la libertad acreditada por los hechos. La libertad del hombre se manifiesta cuando se halla rodeado del respeto, de la integridad de los demás hombres; cuando se le estima como lo que es, con todos sus derechos humanos, no como nacido para el servicio del que más puede porque más tiene.

«Queremos que España recobre resueltamente el sentido universal de su cultura y de su historia». Pero para lograr esto, Primo de Rivera prevé la necesidad de la violencia, a la que se une, porque esta es la única fuerza de enseñar y de hacer llegar al que dude si la vida que da el arma al matar es la legítima defensa contra los insultos de la Patria, que terminan por ser la guadaña segadora de la vida.

EL SEÑORITO DE AYER Y EL DE MAÑANA, SIN PASAR POR EL DE HOY

JOSÉ Antonio explica la historia del señorío y dice que nos odian hoy porque somos «señoritos»; pero todavía no lo somos. Hoy lo parecemos porque vestimos traje de distinto corte a los caballeros campesinos; pero esto no nos da el derecho a serlo; seremos señores cuando hayamos vencido todas las empresas que, para fundir a los hombres de nuestra Patria en eterno abrazo, sean precisas; cuando las más duras vicisitudes hayan sido en nosotros la emoción que necesitábamos para comprender lo que, de no haberlas vivido, no comprenderíamos nunca.

Seremos señoritos cuando hayamos ganado el honor de serlo con las armas y con la obra; cuando todos los hombres, admirados, nos adjudiquen el señorío que nuestro paso por la vida haya ganado.

Dice que vamos a defender a España alegre y poéticamente. No se podría defender de otra forma, ni si se intentase, tendría sentido la defensa; porque para defender lo que está sitiado, no sólo por lo peor y más peligroso de existencia universal, que es el capitalismo judío masónico, sino por todo ese mundo incapaz de comprender el sentido de nuestra doctrina, es necesario despreciar la vida propia para engrandecer y curar la enferma salud de la Patria. Por esto José Antonio nos ha invitado a despojarnos de la cobarde y estúpida falta llamada «mal menor», y, sin mirar por dónde, nos lancemos en contraataque sobre los sitiadores, empuñando la pistola, el fusil o con los dientes.

«A los pueblos no les ha movido nunca más que los poetas, y ¡ay del que no sepa levantar frente a la poesía que destruye la poesía que promete!» Esto es: ¡Ay del que no sepa edificar frente a la Patria que destruye, la Patria que promete! ¡Ay del que, al deshacer una cosa por imperfecta, no sabe perfeccionar otra sin los defectos de la deshecha! Y más aún: sin los defectos y sin la forma, sino como ante el crepúsculo de una tarde de ensueño, en la que se ve decorada en el cielo la imagen maravillosa que Dios ofrece a nuestras almas.

«Levantaremos el afán de España». Sí; quijotesca y poéticamente. No nos lanzaremos contra el entuerto que quiere enderezarse, sino contra el que, presumiendo de no serlo, tiene el espíritu—si es que lo tiene—torcido, para dar impulso al que lo posee sin vida y se aparta de la violencia, soporta la tiranía de los demás y no siente la pesadumbre de la humillación.

Y «de nosotros será el triunfo», porque es nuestra la quimera, porque somos nosotros los que al contraataque enemigo respondemos cantando al compás de las alegres notas de nuestros versos, de nuestros corazones, con la misma medida que las rimas, del romance imperial de nuestro ensueño.

Este es nuestro sentir, y el puesto.....el que tú nos destinas en el espacio infernal y arcangélico, quimérico y armónico, con el arma y con la lira, con el fuego y con la pluma, con todos y frente a todos, «y en lo alto las estrellas», que serán los cuarteles y los paraísos donde los ángeles vengan a compartir con nosotros la alegría de la paz y la alegría de la vida que la muerte puede darnos.

Esto es lo que nos ha dicho el camarada mayor—y lo de «mayor» no es porque se parezca nuestra organización a ninguna Cofradía—en su discurso de la Comedia, simbólico acto que pasará a la Historia como prólogo de la nueva Era grande, en la que su imperial, hegemonía sostendrá dignamente su prestigio ante el mundo, porque a él —

al mundo—hemos venido dispuestos a serlo todo.

EL CUARTO “YO”

ESTO es lo que José Antonio nos ha dicho que es, y ya hemos dicho lo que se cree y lo que le creen, falta, pues, por definir lo que se ignora, o sea el cuarto hombre del hombre.

Yo dejaría dicho lo que es el hombre ignorado, diciendo que vivimos una época decadente, y que para dar principio a la nueva era Dios nos envía al Mesías de hoy, y éste entre nosotros difundirá la doctrina Nacional-Sindicalista, crea en nosotros el espíritu de apóstol y hace lograr la grandeza de un nuevo dogma, de una nueva ortodoxia.

En el cuarto «yo» de José Antonio está lo que ha de ser, cuando no sea nada; está el Dios que hoy no es, no puede ser, y que cuando lo sea quizá la doctrina, pulida de asperezas, constituya el vivir y por lo que ha de vivir este pueblo de convidados y desaprensivos.

Decir hoy que José Antonio es el Mesías de la nueva época parece una blasfemia política y dogmática. Sin embargo, tras este hombre que, apartándose de todo, se lanza por el angosto camino por el cual es imprescindible su paso para llegar a la homogenización de este pueblo y más tarde de éste con los demás pueblos, con las mismas ideas conquistan las mismas notas en el mismo horizonte, y..... hasta quién sabe si hasta haciendo buenos los principios mal vistos o entendidos de hoy.

Esto es desde hoy José Antonio. El hombre de todas las juventudes, de todas las épocas en un lapso de dos mil años, que es la vida de la era naciente. Sin embargo, ante los ojos de todos pasa y pasará mientras viva como un niño atrevido que, abusando de su apellido heredado, se dispone entre tanto partido a crear uno más con los niños, porque los mayores no le seguirían. En esto no se equivocan; los mayores no pueden seguir a quien con un alma homérica se lanza a conquistar la razón mutilada de esta España tuberculosa, que escupe en partidos los últimos glóbulos de sangre sin vitaminas. (Primero de noviembre de 1933.)

Esto fué escrito en los primeros días de noviembre del 33. ¿Lo recuerdas? No estaré muy arrepentido de ello cuando en esta última conversación contigo te lo vuelvo a leer como añoranza de lo que éramos en los primeros días de nuestra Falange. Adivinarte entonces ya sabes lo que suponía. Sin embargo, lo hacíamos seguros de ti y de nuestro tiempo.

Y ahora te voy a dar cuenta de tu vida muerta, o sea de tu triunfo: el triunfo de tu dogma.

Si te dijese que el estado actual de España es nacionalsindicalista, no sería suficiente ni te bastaría el decir que tu glorioso e invicto sucesor haya dicho que la Revolución prometida se haría sin regateos. Todo esto podía ser lo que fueron los regímenes

pasados con su colección de discursos indiscutibles: elocuencia que hizo forjar las ilusiones de miles de españoles creídos de que tenían una Patria.

El título de Estado Nacional Sindicalista y los dichos de sus Jefes podían no saciar tu ambición de justicia. Pero este Estado está compuesto por los que, superviviendo de los enemigos, elegiste para defenderle, cuando la elección suponía el cimiento de la España presente.

Después de tres años etnáticos en los que el suelo en constante erupción abrasaba su prodigioso fruto, el Estado tiene, no sólo que organizar el sistema político, sino los lindazos deshechos por la guerra que dividían las heredades, La organización de España es total en todos sus órdenes; labor que ha de durar tiempo, y esto es lo más difícil: el esperar un pueblo sin espera. Pero tengo fé en ti y sé que tú sabrás sostenerles hasta lograr la grandeza política de nuestra idea, y conquistemos a todos los españoles, porque «nosotros no nos tenemos que ensañar nunca con los caídos, ni con los caídos físicos, con los hombres, que, por ser hombres, aunque fueran enemigos nuestros, nos merecen todo el respeto que implica la dignidad y cualidad humana»².

A pesar de la total destrucción de España, pudiéramos decir que aún sin empezar a fondo su reconstrucción, hay pocos españoles que no comen y que carecen de lo más elemental. Creadas las instituciones de trabajo por medio de la Organización Sindical, el obrero de España, mezcla de santo y pirata, empieza a saborear los placeres de la Justicia nacional sindicalista viendo que los hombres, tus hombres de Estado empiezan con amor las grandes tareas de la Revolución, que no son pocas, y que con mayor ímpetu han de emprender cuantas sean de necesidad precaria para nuestra Patria, hasta lograr la organización social de tus sueños. Por eso nuestro régimen, qué tendrá de común con todos los regímenes revolucionarios el venir así del descontento, de la protesta, del amor amargo por la Patria, será un régimen nacional del todo, sin patrioterías, sin faramallas de decadencia, sino empalmado con la España exacta, difícil y eterna, que esconde la vena de la verdadera tradición española, y será social en lo profundo, sin demagogias, porque no harán falta, pero implacablemente anticapitalista, implacablemente anticomunista. Ya veréis como rehacemos la dignidad del hombre para sobre ella rehacer la dignidad de todas las instituciones que, juntas, componen la Patria³.

Todo esto supone devolver a los españoles el derecho perdido a través de los siglos. Ya sabes lo difícil que es, y no porque haya que devolver lo que les pertenece por suyo, sino porque este derecho común fué arrebatado por privilegiados desaprensivos, y a éstos hay que arrancárseles del mismo corazón donde le tienen arraigado, después de convencerles que el derecho ajeno lo poseen mal adquirido. «Por ello urge acometer la tarea positiva de crear el derecho de la Revolución nacional española; la norma que encuadre el orden nuevo, la que le dé sistema institucional, claridad y rigor, y con su fuerza nos lo defienda de la codicia, de la incomprensión y de la ruindad de toda suerte de malvados»⁴.

Con la esteva en la mano rompemos besana en la gran tarea de la edificación total de la política y de la economía. Ahora sólo nos falta conocer la farsa de los que,

² Conferencia pronunciada por José Antonio en el Círculo (Mercantil de Madrid, el día 9 de abril de 1935.

³ Discurso pronunciado por José Antonio en el Cine Madrid, el día 19 de mayo de 1935.

⁴ Palabras pronunciadas por el camarada Serrano Súñer en la residencia del Generalísimo, el día 20 de noviembre de 1938 en el luto nacional por la muerte de José Antonio.

adulándonos, pretenden anular nuestro ritmo emprendido.

"Estos, que han estrenado nuestros gestos sin la sagrada emoción del sentimiento, son nuestros más profundos enemigos, son los que constantemente quieren, unidos a los judas, ayudarnos a custodiar tu sepulcro y separarnos de él, acompañarnos en él, esperando el momento de que alguno de los de la Guardia se canse para relevarle en el puesto, y poco a poco hacerse dueños de la Guardia. Pero, no; «no basta con venir cantando himnos». Estas cosas tienen que haberse dejado sinceramente a la entrada por quienes aspiren a que los centinelas les dejen paso. Segundo, un límite moral. Nosotros no podemos sentirnos solidarios de aquellas gentes que han habituado sus pulmones a vivir en los climas morales donde pueden florecer «straperlos». Estos son los linderos infranqueables en lo negativo, esto es lo que excluye.....

«Pero no basta la exclusión. Hay que proponerse, positivamente, una tarea. La de dar a España estas dos cosas perdidas: primero, una base material de existencia que eleve a los españoles al nivel de seres humanos; segundo, la fé en un destino nacional colectivo y la voluntad resuelta de resurgimiento. Estas dos cosas tienen que ser las que se impongan como tarea al grupo en frente en línea de combate de nuestra generación»⁵.

Nuestra línea de combate empieza en tu sepulcro y a la cabeza está el invicto Jefe que nos conduce; por esto puedes estar seguro de que en nosotros no caben más consignas que las que tú diste y las que nuestro Caudillo nos dé hasta lograr que la Patria sea lo que soñaste y contigo soñamos todos los españoles que te seguimos y te somos y seremos fieles y en nuestro corazón llevamos grabados los tres arribas que diste en la cárcel de Alicante con el pulso tan firme como el alma.

⁵ Palabras del discurso pronunciado por José Antonio en el Cine Madrid, el día 17 de noviembre de 1935.

i Mi la España!
i Mi la España!
i Mi la España!
En el carcel de Alicante, a
14 de agosto de 1876.
Miguel Ponce de Leon
Miguel Ponce de Leon

¡PRESENTE!

Adiós, Jefe y Señor. Tú nos ordenas.

Tu paso es el paso de una época que nace y con ella el destino mil veces anhelado y mil veces perdido.

La sombra de les brazos que a tu paso se levantan es el luto con el que la tierra se reviste de duelo. Porque ella, la tierra que tú soñabas verla parir sin esfuerzo, no podría recogerte sin antes estar cubierta con la bandera del dolor.

Adiós, José Antonio. Vas al lugar desde donde se puede ver, vigilar y dirigir al Universo, que te sueña, que te ignora y que nace para conocerte y sentirte.

Haz que en ti nos sintamos tuyos.

Haz que seamos orgullosos de ser. Y si un día ríos faltase el sacrificio, déjanos llegar a ti. Déjanos cantar contigo la trova del amor.

Si nos olvidas alguna vez hazlo soñando. Porque en tu sueño el olvido será un rayo que nos llegará encendido.

No nos dejes en paz si no la merecemos.

José Antonio, Jefe y Señor, siempre a tus órdenes.

El himno que tu escuadra de poetas compuso es la primera conquista en tu quimera. Es tu presente.

Ya estarnos en el surco de la gran tarea nacional, y haz tú que, desde el cielo podrás conducirnos, el que nuestros arados sean los más firmes y rectos en el rasgar el barbecho que Dios nos entrega.

Ayúdanos en la empresa que nos induciste.

No nos consientas que el triunfo sea nuestra manera de vivir, sino de ser.

Nuestra será la gloria si desde la gloria nos guías.

Creemos en ti como la imagen de nuestra adoración más fiel.

Y te sentimos, porque al sentirte nos creemos menos fragmentados en la idea, en la lucha y en la obra.

España, para nosotros, más que un orgullo es una necesidad.

Creemos en nosotros porque creemos en ti. Creer es ser.

Si nos equivocamos, perdónanos; si nos volvemos a equivocarnos, cae sobre nosotros con la ira de un Dios griego.

La bandera que nos legaste en color y en orgullo lo es todo y lo será siempre. Con ella iremos a todas partes y en ninguna la dejaremos mancillar.

Estamos íntegros y pletóricos de responsabilidad-No nos permitas triunfar si no nos

crees responsables del triunfo.

Cuida de que seamos hombres en la vida y en la muerte.

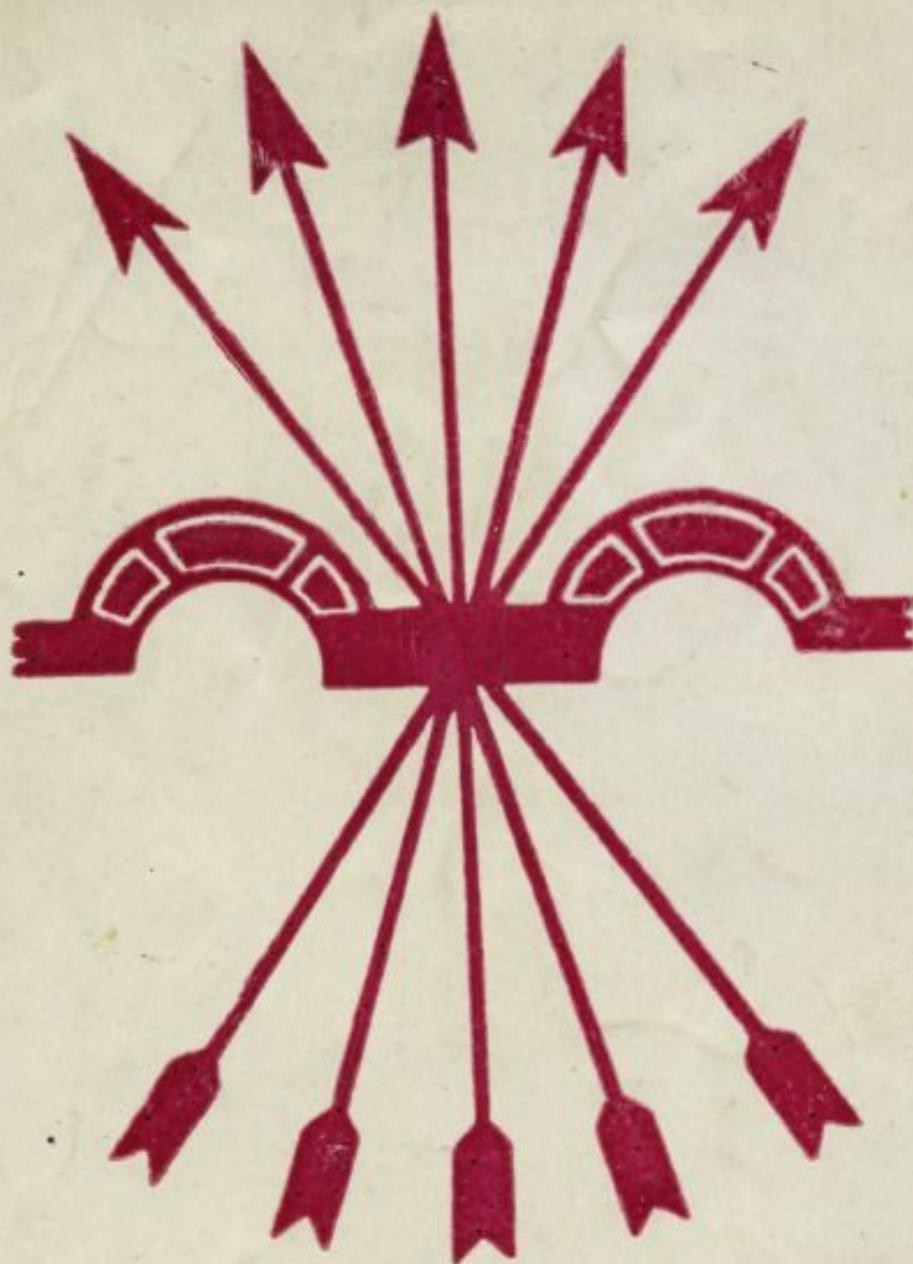
Acoge hoy nuestro juramento, como mañana, si nos le merecemos, acogerás nuestras almas.

José Antonio: No nos dejes caer en la tentación y haznos dignos de Dios y de Ti. Haznos dignos de tus hombres muertos.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

¡¡PRESENTE!!

¡¡ARRIBA ESPAÑA!!



EDICIONES
"CONDOR"

Precio: DOS Pesetas.

Imprenta de la Bolsa.
Juan de Mena, 2. - Teléfono 13004